

## 22. Vuelta al paraíso.

¿De qué sirve al individuo aplicar sus conocimientos si al fin pierde su alma? ¿Cómo había podido enfangarse tanto? El sonido del teléfono le volvió de sus oscuros pensamientos, no cogió el teléfono y el contestador amplió la voz de Candela que resonaba a realidad: "Hola Sergio, he recibido tu mensaje, me ha sorprendido gratamente ¿qué tal estás? A mí también me gustaría verte y aprovechar para charlar, han pasado casi cinco años y eso es mucho tiempo, he de confesarte que en muchas noches de insomnio he pensado en ti. Nos vemos como hacíamos antaño, los jueves, en el salón de lectura del Circulo, a la hora de siempre. Si tienes algún compromiso, me llamas. Adiós, un beso". A pesar del tiempo transcurrido aún existía química entre ellos. A Sergio su viaje al futuro lo había dejado muy marcado. Aunque sobrevolaban por su cabeza sus pensamientos más cínicos. En verdad ella no era perversa, aunque a veces le ponía de los nervios cuando decía: "Si quieres mejorar tu habilidad con las mujeres provoca su compasión. Ninguna se resiste a consolar al triste". Y él provocaba su enfado contestándola: "El matrimonio es una mujer más y un hombre menos". En realidad nunca pudo escapar de las redes de Candela, siempre llegaba a la misma conclusión: Su piel de azúcar le atrapo. Los viajes le habían madurado y se daba cuenta de que aún la amaba con delirio.

La llamada de Sergio la tranquilizó, era el mejor indicio de su recuperación; la ultima vez que lo había visto, antes de irse con el jesuita, tan sólo le medicaban tranquilizantes y se comportaba de manera habitual, salvo en algunas ocasiones que se volvía algo irascible y tenían que doblarle las dosis; había días que estaba tan lúcido que les daba consejos, sobre como tratar a los pacientes, y a veces acertaba. Habitualmente le seguía la pantomima, algunos enfermos, de los que denominan inofensivos, le hacían cómplice de sus quejas hacia ella; él se había convertido en una institución, tan sólo los esquizofrénicos le mostraban algún tipo de rechazo, era todo un personaje, a veces le dejaba solo con ellos y realizaba una terapia colectiva bastante positiva. Sergio, por su condición de periodista, tenía unas dotes innatas de buen comunicador, generaba mucha confianza en los pacientes y favorecía la extroversión. A veces Candela pensaba que en el fondo estaba mejor que ella, pues su desengaño era más profundo que la noche y su desamor, no era más que una palabra que explicaba el abismo, más oscuro, adonde arrojó su alma.

Sergio se acercó, la besó en la mejilla, y ella no pudo contener una lágrima furtiva que intentaba desbordar sus párpados.

-Hola, Candela, cómo te va.

-Bien, dentro de lo que cabe.

-Se te ve muy hermosa.

-Es que tú siempre me has visto con buenos ojos. Pero déjate de pamplinas. Te veo algo preocupado. ¿Es qué tiene algún problema?

-Problemas, lo que se dice problemas no. Pero tengo algo muy importante que decirte y no sé por donde empezar,- puso los ojos en blanco, se rascó frenético la barbilla y continuó -es una investigación muy importante que está realizando el padre Juan y yo le ayudo.

-Si no sabes por donde empezar, piensa en voz alta y no tengas miedo, ni te cortes que si está de por medio el jesuita nada me sorprenderá.

Mientras que Sergio le iba contando con todo detalle los viajes y las experiencias vividas, Candela no paraba de moverse en la silla, cogió el vaso y bebió en pequeños sorbos al mismo tiempo que mecía la cabeza con reproche. Cuando le propuso viajar al pasado con ellos dos, no se pudo aguantar, se levantó, cogió el bolso y dejando con la palabra en la boca sentenció:

-La mayoría de las veces reclusimos a algunos locos en el manicomio, pero me temo que es para hacerles creer que los que están fuera son cuerdos.

Malhumorada, de repente hizo un gesto como para marcharse pero él se interpuso.

-Y tú que lo digas. No, no te dejaré marchar. Me vas a acompañar, sé que todo lo que te he contado es difícil de creer; el Padre Juan nos está esperando, así que te llevaré ante él.

-Me parece muy bien, me va a oír ese cretino. Aún me acuerdo de la última vez que fui a visitarle.

-No le culpes a él que sólo cumplió mis deseos.

-Deseos de un loco, oficiado por un paranoico. ¿Tienes muchas crisis? -Le interrogó con ojos ariscos.

-No, desde hace seis años no he vuelto a tener ninguna crisis.

-Bien, bien, te creo.

Candela sabía que no le estaba mintiendo, cuando Sergio miraba de aquella manera decía la verdad. Muchos psiquiatras acaban paranoicos, en el hospital había varios. Desconfiaba de ella misma, lo de ir a ver al jesuita para verificar aquella fantásica historia era algo muy burdo, una sinrazón. Sergio, se acercó a la barra, pagó los liofilizados, le ayudó a ponerse el chal, salieron a la calle, la vivienda del jesuita estaba cerca, caminaban lentamente, era como si la desconfianza aminorara sus

pasos. Candela, lo observaba con preocupación y un rictus de dolor, le hizo una pregunta vacía para sondearle.

-Sergio te noto muy callado.

-La palabra es plata y el silencio es oro.

-No empieces con tus trucos, no olvides que además de conocerte como si te hubiese parido, soy psiquiatra y ya me conoces, no me gusta la ociosidad mental.

-La ociosidad es madre de todos los vicios

-En eso te doy la razón. Ya estamos llegando, has conseguido con tus silencios y tus frases rebuscadas entretenerme. Pero no te preocupes que a ese ladino le voy a poner las peras al cuarto. Ya sabes el dicho: "El diablo, harto de carne, se metió a fraile".

-Te ruego Candela que le escuches, dale una oportunidad.

-No creo que lo haga, siempre me hace perder los estribos.

-Yo sé que ambos sois antagónicos; él no va a ceder ni un ápice de sus ideas y creencias, además, todo lo que te va a decir, aunque te parezca inverosímil, te lo podrá demostrar, sé que él, por nuestra relación y por qué nos intentó separar, es tu adversario natural; pero un enemigo tiene más frecuentemente un sitio en nuestra mente que un amigo en nuestro corazón.

-Venga, llama.- No estaba tan bien como había imaginado, se iba a enterar el farsante del jesuita, era como un parapsicólogo de tres al cuarto, miró a Sergio, bloqueado inmóvil ante al puerta y le inquirió- ¡Llama de una puñetera vez!

-Es mejor que demos una vuelta a la manzana y charlemos

-No Sergio, los malos tragos cuanto antes mejor.

-Escucha bien Candela, vamos a sentarnos allí, en aquel banco y no entraremos hasta que yo lo decida.

-De eso nada, entremos, tengo una deuda antigua con ese jesuita y no deseo demorarla más, ahora mismito la voy a saldar.

Sergio fuera de sí, la empuja hasta el banco, la sienta, la mira y la increpa:

-Candela. ¡Joder; presta atención, merecerías que te diera unos azotes.- Observó como le iba a recriminar y él furioso lo puso la mano en la boca y la apretó -Tú has sido para mí lo más importante en mi vida, te conozco desde que accedí a la universidad, siempre te he tenido en mis pensamientos y va para cincuenta años. Ahora tengo algo muy importante y lo voy, quieras o no, a compartir contigo, si hace falta te secuestrare.- Observó como intentaba levantarse, la agarró del brazo y le chilló -¡Joder; me cago hasta en... ni se te ocurra decir ni la más mínima palabra. Siempre te he amado, y te confieso que, en esta vida nunca me acosté con otra mujer que no fueras tú. Algo de lo que tú no podrás presumir, no eras virgen cuando llegaste a mí, y después me dejaste por ese medicucho. Pero volvamos al asunto, el padre Juan nos hará retroceder a los veinticinco años, nos

esconderá en una isla desierta, en medio del pacifico en un atolón de las islas Reunión y una vez allí esperaremos a que vuelva. Jóvenes volaremos al pasado, para volver a vivir y rehacer nuestras atormentadas vidas en un lugar privilegiado de la alta edad media. Todo esto, aunque veo como la incredulidad rúbrica tu cara, te lo revelo desde mi virtud y con honestidad.

-La honestidad no es una virtud, es una obligación y olvidamos fácilmente nuestras faltas cuando somos los únicos en saberlas.

-Estoy de acuerdo, Candela y nunca olvides que para manejarte a ti misma, usa tu cabeza, pero para manejar a los demás usa tu corazón. ¡Vamos!

-Estoy segura de lo que me has contando es una patraña; he de confesarte que ayer he dado un poder para que la administradora pueda vender el apartamento, me voy con un amigo a Suramérica.

-¿Y se puede saber lo que se te pierde allí?

-No lo sé, él es médico, se va a Bolivia por dos años, le ha contratado una ONG y he decidido acompañarle.

-No me parece nada bien, si necesitan un psiquiatra que avisen al lerdo de tu ex marido. El infierno está lleno de buenas intenciones y el cielo de buenas obras.- Notó como se ahoga, lanzó un suspiro y añadió -¿Cuándo te vas?

-Este sábado.

-Muy bien, Candela, venga acércate.- Se aproximó a ella, la abrazó, la besó y al separarse, apostilló -Estoy de acuerdo, pero entra, y después decidirás lo que mejor te convenga, y no llores que esos hermosos ojos azules no deben derramar ni una lágrima.

-Lloro, porque estoy sola y no tengo amigos.

-¿No tienes amigos? ¿Es que jamás dijiste la verdad o jamás amaste con pasión?

-Sergio, las pasiones son como los vientos; son necesarios para poner en movimiento todas las cosas, aunque con frecuencia originan huracanes.

Sergio había encontrado a Candela muy desmejorada, la maldita psiquiatría había acabado con ella. Recordaba, con precisión las últimas palabras que escupió aquel estúpido psiquiatra: "Deja de molestar a Candela, ahora es mi esposa, así que búscate la vida y a otro psiquiatra". Florece un sibirismo por estar loco, que tan sólo conocen los locos, y, quienes quiera que sean, cada cual llevará una vara del árbol de la locura, ellos la esconden y uno la descubre, y la serenidad de la locura libra a la imaginación de la cárcel de la razón. Sergio observaba como el jesuita la iba sometiendo, el padre Juan era genial, la iba hacer viajar un mes atrás, justo cuando decidió irse al nuevo mundo. Candela en unos instantes volvió de su corto viaje, cuando percibió la presencia de

Sergio y el jesuita, se desmoronó; sorprendida e incrédula le pidió a Sergio que la acompañase, de camino le comentó que tenía muchas ganas de volver a tener veinticinco años y vivir en el paradisíaco Pacífico; aprovechar el día, fiarse del mañana lo menos posible.

Sudorosa Candela daba vueltas en su cama, estaba alucinada, todo aquello superaba su mente fría. Dios mío, como era posible viajar al pasado, y según lo que le contó Sergio también al futuro. Era como para volverse loca, toda la racionalidad de la mente se le vino abajo en el instante en que viajó un mes al pasado. Era como un sueño o quizá era una pesadilla, pero ella era consciente de que estaba despierta y no era un sueño dentro de otro sueño, incluso verificó en su viaje algunos eventos que se producirían después, aprovecho para desenmascarar a una "amiga" del hospital, intentaba jugársela con el médico Boliviano. ¿Acaso no sería un sueño, y ellos eran causados por la perturbación de algunas partes internas del cuerpo que solían causar sueños diferentes, de ahí que el sentir frío cuando se está acostado engendre sueños de temor y haga surgir del pensamiento la imagen de algo temible, así como la ira causa calor, en algunas partes del cuerpo, cuando estamos despiertos, también cuando dormimos un excesivo calentamiento de las partes causa ira y provoca en el cerebro la imaginación de un enemigo. Del mismo modo, al igual que la amabilidad natural causa deseo, y el deseo produce calor en determinadas partes del cuerpo. En suma nuestros sueños son el reverso de nuestras imaginaciones en estado de vigilia.

Candela era incapaz de relajarse, se entretenía divisoando el pasar el tiempo, uno tras otro los años pasaban ante ella descifrando la densidad y la negrura de su vida. Era como la soledad relativa de un nocturno tren en marcha, que sólo es interrumpida por los bostezos y los ronquidos de sus moradores. El largo transcurrir del tiempo posibilitaba su soledad y facilitaba un sentimiento de traslación hacia sus veinticinco años, que de alguna manera la liberaban de sus malos pensamientos; era una vivencia oscura que ayudaba a que las ideas de su vida se fundieran entre sí. Al fin su cuerpo se rindió a la fatiga y quedó dormida en el alba de su existencia. Durante la corta y fatigada vuelta al pasado, las imágenes revividas propiciaban pesadillas en su excitada razón; pero todo finalizó cuando abrió los ojos y advirtió que se encontraba en el apartamento que había compartido con Sergio, en el siglo XX, allá por el año mil novecientos noventa y tres. Ahora todo contrastaba con la magnitud de los desastres

provocadas por la incertidumbre y miedo de la víspera, allá por el año dos mil cuarenta. Increíblemente se acercó al espejo y con estupor observó como su rostro tenía menos de treinta años.

Era una hermosa y tibia noche de verano. El cielo estaba estrellado, resplandecía esplendorosa la Estrella del Sur y de la fragancia de las orquídeas emanaba un aire festivo. Los rayos de la luna penetraban a través de la espesa bóveda de verdor y hacia que resplandeciesen las hojas de los árboles; parecía que toda aquella vegetación estuviese espolvoreada con gemas, de tal modo que chispeaba cuando la luz de la luna acariciaba las gotas de rocío que arrullaban las hojas. La floresta estaba llena de la más exuberante vegetación de los trópicos. Admiraba las altas palmeras, cercadas por espesos e impenetrables matorrales llenos de flores. Una extensa masa de lianas de fibra resistente la protegía, hermosísimas flores de dulces perfumes contrastaban y con las hiedras de perfume acre, otras mil plantas trepadoras interceptaban el paso, creando guirnaldas que crecían con una vitalidad maravillosa. El lucero del alba iba perdiendo brillo, lentamente antes de morir; principiaba el amanecer, pero para Candela la noche había sido festiva, crecía y se extendía en su interior; las luces de su corazón se iban remansando, mientras, las manos expertas de Sergio recorrían su cuerpo, después de una noche de amor ambos querían regresar a la sublime narcosis de los brazos de Morfeo, sus corazones estaban serenos y el rumor de las palmeras avivaba sus pasiones. Los días transcurrían placidos, era la eterna primavera, Sergio y Candela caminaban desnudos por la cristalina playa, aquella mañana soleada se mostraba alegre, presagiaba otra buena jornada, los increíbles azules coralinos del mar destacaban sobre el festival de verdes y ocres de los cocoteros. Sus huellas marcaban, en la fina arena, un camino que discurría por la playa y se internaba en la vereda bordeando el riachuelo que desembocaba en la laguna. El contraste del agua y la barrera de coral conformaban un idílico paisaje que amansaba sus deseos. Los recuerdos de la juventud recobrada poseían a Sergio, su mirada se iluminaba y miraba con cariño a Candela, ambos se sentían felices en su segunda juventud, liberados de sus tensiones volvían a sus raíces. Él la cogió por el hombro, ella recostó su cabeza en su torso y así caminaron mudos de amor un largo trecho, ella era inmensamente feliz y él sentía la paradisíaca felicidad que lo embargaba, aquello era al paraíso perdido.

-¿Qué te pasa? Estás muy callado.

-No me pasa nada.

Candela se paró, se agarró a su cintura y mira a sus emocionados ojos, le acarició la barbilla y le preguntó:

-¿Porqué estás triste? Cariño.

-No estoy triste, es que mi viejo corazón no soporta lo que estoy viendo.

-No te comprendo, Sergio.

-Te veo tan joven, tan llena de vida, tu cuerpo.- Suspiró, se apretó a ella él y se echó a llorar -Tengo miedo.

-¿Pero de que tienes miedo?

-Creo que estoy viviendo un sueño y temo despertar.

-No cariño, esto que estamos viendo es real.

-Puede que así sea, pero tanto amor y felicidad es difícil sobrellevar a mis años.

-Entiendo, pero tendremos que acostumbrarnos a renacer con nuestros cuerpos e intentar sobrellevar la tensión amorosa que estamos viviendo.

-Te amo tanto que me duele el corazón.

-Sé lo que te está pasando, intentare explicártelo: tu subconsciente te está jugando una mala pasada. Tu cuerpo tiene veintiocho años, pero tu alma frisa los ochenta, hay una lucha entre tu Yo químico y tu Yo intelectual, y ambos no concilian sus sentimientos. Nuestros instintos han sufrido un flechazo y nuestros cuerpos han comenzado a activar una sustancia cerebral que se denomina Pheniletilamina, la cual es responsable de producir el enamoramiento: situaciones de euforia y exaltación; esta fase suele durar entre tres días y dos años, pasado este tiempo, si la pareja sigue junta, se produce el milagro de las almas gemelas.

-De que nuestras almas son gemelas estoy de acuerdo, pero ¿si soy tan feliz porqué tanta desazón?

-Porque a pesar de la edad que tienes, tu cuerpo ha vuelto a producir mucha testosterona y ello ha provocado en ti una conducta sexual de aspecto dominante y agresiva.

-De acuerdo, pero yo no quiero ser tan activo, hacemos el amor a diario, mi cuerpo quiere más, pero mi mente se agota y no lo puedo remediar.

-A mí también me pasa lo mismo que a ti, y yo no puedo luchar contra ello. Otra hormona la Deha, es directamente responsable de nuestro comportamiento sexual, de los orgasmos y del deseo erótico que se despiertan indistintamente en el hombre o la mujer. Las pheromonas, son hormonas que regulan el comportamiento sexual de los animales, a través del olfato, aunque son inodoros, el sistema vomeronasal envía señales al cerebro del ser humano. El varón alcanza la potencia sexual sobre los veinticuatro años y tú tienes veintiocho, aunque tu experiencia vivida sea muy superior.

-Pero yo antes no era así. No te quería con la intensidad de ahora. A veces creo que voy a morir de amor.

-También me pasa a mí, ten en cuenta que la característica fundamental del encuentro, entre el hombre y la mujer, es la atracción erótica que generan. Tener una actividad sexual, en respuesta a unos impulsos biológicamente instaurados en la naturaleza humana, supone una necesidad para el individuo. Antes nuestros orgasmo se conseguían en una rutinaria relación de dos cuerpos interesados en apagar el deseo; ahora los alcanzamos tras un dialogo corporal apasionado, lúdico y creativo.

-Creo que voy comprendiendo. Hemos superado, quizás por nuestra experiencia vivida, la tendencia a la comodidad, y también hemos vencido estúpidas vergüenzas, sobre todo por lo que a mí concierne, que socavaban nuestra relación.

-Veo que has comprendido; solamente podremos tener un problema, pero creo que nuestros cuerpos jóvenes sabrán solventarlo.

-¿Qué problema Candela?

-Uno sencillo, pero mi condición de psiquiatra me dice que dadas las circunstancias y lo excepcional de lo que estamos viviendo no debemos preocuparnos. Mira como saltan los delfines.

-Candela no intentes darme el esquinazo.

-No era esa mi intención, tan sólo intentaba que dejases de preocuparte.

-Te lo agradezco, Candela, pero continua.

-Como quieras. Si dos personas lo saben todo, se diluyen uno en otro sin solución de continuidad, difícilmente encontraran suficiente distancia para la atracción, desaprovechando la libertad independiente de dos seres autónomos, que no permiten que el otro sea completamente "conocido". Precisamente, en esta posibilidad radica el deseo de seguir encontrándose tras cada relación. En todo ello contribuyen de manera especial las pheromonas y otros componentes químicos, fundamentales en toda relación amorosa; entre ellos, voy a destacar la seratonina, que es un neurotransmisor que ejerce un doble efecto de calma o agresividad sexual, según su nivel de sangre. Está demostrado, científicamente, que cuando se produce un encuentro amoroso de gran intensidad, el alto nivel de seratonina puede llevar a la persona al paroxismo y eso es lo que nos está ocurriendo

-¿Y esto va a durar mucho?

-Dada nuestra edad física y si nuestro inconsciente no nos traiciona, sí va a durar.

-Y sí...

-Déjalo ya que sino te vas a volver loco.

-Sí me volveré loco de amor.- La besó en la mejilla - Termina de explicármelo.

-Una explicación más y termino, que te conozco Sergio y no me gustaría que volvieres a las depresiones de antaño.

-De acuerdo.

-La Pea, pheniletinamina, se relaciona con las emociones románticas que nos envuelven y se la conoce como "la molécula del amor". Es una sustancia con efectos euforizantes o depresores, según que el nivel sea alto o bajo en la sangre. Las variaciones de Pea son causa de cierto tipo de depresiones que pueden tratarse con fármacos para regular su nivel. La dopamina, es un neurotransmisor que es responsable directo del deseo sexual, en el más amplio sentido de la palabra.

-Lo he comprendido perfectamente.

Sergio la besó apasionado, pasó una tortuga Sergio se acercó a ella.

-Deja ya de jugar, bájate inmediatamente de la pobre tortuga, la tienes agotada, no te das cuenta que tiene mas de cien años.

-Pues como yo siga así pronto llegaré ellos.

-No empecemos, me prometiste no hablar más del pasado.

-No seas gruñona. Tengo hambre, que hay de comer.

-Langosta con piña.

-Qué rica. Voy a conectar Radio Exterior de España, van a emitir el parte.

-Como quieras, pero ven a comer.

"El conde de Barcelona ha fallecido, ayer uno de abril en la Clínica Universitaria de Navarra, acompañado por sus tres hijos, el Rey Juan Carlos I y las infantas Doña Margarita y Doña Pilar. Don Juan, a pesar de que había renunciado a sus derechos a la Corona a favor de su hijo, será enterrado con honores de Jefe de estado, en le panteón de Reyes del Monasterio del Escorial".

-Apaga la radio que volver a revivir nuestras vidas no beneficia a nuestra psique.

-Necesito oír noticias, nunca podré enterrar el periodista que yo llevo dentro.

-Pues deberías intentarlo.

-En eso no estoy de acuerdo, ¿porqué no entierras tú a la psiquiatra?

-Lo intento, pero tú, a veces, no me dejas.

-Bueno cambiemos de tema que sino discutiremos.

-Ya está el agorero. En tres años que llevamos en esta isla, jamás hemos discutido.

-En eso tienes razón.- Se acercó, la tomó por la cintura y la besó.

-Venga, vamos a comer y déjate de zalamerías.

-¿Sabes una cosa?

-Haber con lo que sales ahora.

-Pues si quieres que te sea sincero, comienzo a aburrirme.

-Dirás más bien que te aburres de mí.- Hizo un mohín mimoso y puso cara de ofendida.

-De eso nada.- La cogió por la cintura y la volvió besa.

-Estate quieto, siempre intentando lo mismo.

-Es que mi amor es infinito, como el tiempo.

-En eso estoy contigo, pero ahora vamos a comer.  
-De acuerdo, pero después no iremos a la laguna, nos bañaremos y haremos el amor para darle envidia a los pájaros. Esta langosta está exquisita. Sabes una cosa.  
-No.  
-Estoy preocupado por el padre Juan. Ya va para tres años de su partida y temo que haya muerto.  
-Puedes pensar lo que quieras, pero lo que el destino le deparó sólo dios lo sabe. Y si así fuera a nosotros no nos atañe, nuestra vida está llena de felicidad.  
-Si no me quejo de eso, pero echo de menos algo de acción y seguro que el muy astuto debe ser uno de los jefes del Temple.  
-No te preocupes que lo que tenga que ser será.

Aún te veo diciendo adiós, las manos trazando el perfil de aquella estrella, sin saber si existía o no, y sólo su destello nos servía de nido. Pero fuiste desgranando los helechos de mi corazón, y después, con el sentimiento desvanecido, la noche se transmutó en día, y, el día en pasión. Su memoria vislumbraba hoy una estrella, el deseo, y en ella viajaba Sergio. Pero no temas, no te escaparás, en mi corazón te conozco íntimamente. Esta vez, por una casualidad del destino, no se le escaparía; aquel grato pensamiento hizo que a Candela se le encogiesen los huesos de amor. Dos veces al día el océano se abría paso tumultuoso sobre la estrecha hendidura y la pleamar se precipitaba sobre la laguna. Otras dos veces el mar regresaba, ahora con un raro instinto de paloma doméstica, se escurría formando rápidos remolinos que transformaban el agua en sedosos matices, amansaban el océano y dejaban en las transparentes aguas de la laguna interior, una miríada de peces multicolores que jugaban entre la multitud de pálidas flores de coral que embellecían el fondo.

Dios mío que felicidad, hasta dormidos son felices, la desnudez de ambos cuerpos es virginal, es la viva imagen del paraíso: son como Adán y Eva. Aquella visión reconfortaba su perdida fe, quién sabe lo que le tenía preparado el azar, el futuro era impredecible, lo que refutada la idea de Dios como un ente sabio y omnipotente. Por otro lado, el azar es una condición necesaria para la liberación, para la esperanza y la realidad es lo que deja las puertas abiertas a un futuro no escrito. Pensar esto, y especular en un Dios bueno que ha escrito nuestro devenir, es un sistema para librarse de la angustia de lo oscuro; tiempo al tiempo, o, tiempo al caos. La vida es ordenación, y la muerte desorden, y su vida se está convirtiendo en un laberinto. La vivencia del caos es insufrible para la vida

y es incongruente con ella. Por ello, la angustia y la madurez del caos van unidos, y propuso se ha de tener siempre una explicación de la realidad. Pero se sentía cogido entre la necesidad de explicar su conducta y la imposibilidad de rectificarla. Tenía sed de certeza, necesidad de vivir la realidad y de dar salida a instintos insanos, no es la legitimidad lo que últimamente le atraía, sino la necesidad de satisfacer ansias que llevados al colofón de la vida, significaban: Que ya no era él, ¿Dónde quedó el cura de almas?

Sergio, tenía un presentimiento, se despertó sobresaltado, ante él tenía la mirada encendida del padre Juan, se levantó y raudo se abrazó a él, Candela se despertó y se incorporó perezosa. El jesuita les mira con asombro, ambos desnudos ante él y sin ningún rubor. Aquello significaba que eran felices y sin conciencia del pecado original.

-Padre Juan, padre Juan.

La alegría hacia brotar lágrimas de los ojos de Sergio, se abraza a él, el jesuita se tensa ante su desnudez y les dice.

-Iros a vestir, yo mientras me refrescaré un poco, vengo del mismísimo infierno.

Candela sale corriendo hacia la cabaña y Sergio ante el estupor del jesuita, no se inmuta, es ignorante de su propia desnudez.

-Cuénteme, padre.

-Toma, cúbrete con esto.- Le entregó una estola de seda y Sergio cubrió con ella sus partes.

-Ahora no, vete a la cabaña y espérame allí, necesito bañarme y poner en orden mis pensamientos.

Sergio corre contento hasta la cabaña, observa a Candela meditabunda, tiene la mirada perdida en la lejanía del mar.

-¿Qué te pasa?- Ella no le contestó, seguía enfrascada en la lontananza. -¿Qué tienes?- Le preguntó preocupado.

-Me ha sorprendido su llegada, y su forma de mirarnos no presagia nada bueno.

-No seas agorera, su vuelta me ha colmado de felicidad.

-Sí, Sergio, pero la felicidad es como un muchacho de vida divertida que no goza deteniéndose en un mismo punto, pero te seduce, te posee y rápidamente emprende el vuelo. Por el contrario, la señora desgracia te ciñe amorosamente contra su corazón; dice que no tiene premura alguna, se sienta cerca de ti y se pone a hacer calceta. El jesuita trama algo y por la manera como nos miro, no creo que sea nada bueno.

-No empieces Candela, tu siempre tan desconfiada, no te cierres en banda, que te conozco.

-Yo os conozco muy bien a vosotros dos, de tan sólo pensar que el cura ha vuelto, se me abren las carnes.

-No sé por qué dices eso, siempre supimos que cabría la posibilidad de que el padre Juan volviese, y es más yo lo

deseaba. No sé por qué pero me temo que me vas a poner entre la espada y la pared.

-Sí, ya sé que tú lo deseabas, pero nunca hemos sido tan felices, su llegada estropeo el encanto.

-No será para tanto, no es como para rasgarse las vestiduras.

-No te das cuenta de qué cuando llegó, estamos totalmente desnudos.

-Pues si quieres que te diga la verdad, no me había dado cuenta.

-Pues yo sí y no veas como miraba mi desnudez.

-Qué desconfiada eres, él es como un medico.

-Sí como un medico, pero a Dios rogando y con el mazo dando

-Ya está bien.

Oyen como crujen unas ramas, ambos miran en esa dirección y ven al jesuita sonriente, vestido de cintura para abajo con un turbante a modo de hindú.

-Hola tortolitos, que bien me ha sentado el baño, por cierto tengo un hambre canina.- Miró sonriente a Candela y le pidió- Podrías darme algo ligero para comer.

-Puedo prepararle algo de fruta y un poco de leche de coco. Sergio te dije ayer que se habían acabado las langostas.

-Con un poco de fruta me vale, sacie mi sed en el regato.

Candela le acerca una hoja de palmera llena de frutas tropicales. El padre Juan las devora y de vez en cuando emite murmullos de placer.

-Cuente cómo le ha ido. Estoy muy inquieto.

-Estoy algo desilusionado de la Iglesia, los problemas coyunturales que observa en el siglo XXI son superados con creces en los albores del primer milenio. Viven sin disciplina y mueren sin dignidad. No saben sufrir en honor de lo que han vivido.

-Eso ya se lo advertí, padre Juan.

-Pero no te creí, supuse que eran invenciones tuyas.

-Que le pareció Mont Saint Michel.

-Magnífico, Mont Saint Michel conforma una pirámide de roca y piedra cincelada, está bañado por las aguas de océano Atlántico y dependiendo de la marea, pareciera estar construida sobre agua o sobre arena. Desde la roca de sus cimientos, hasta la estatua de san Miguel, en la cúspide del monasterio, existen ciento cincuenta y dos metros, mudos testigos de dos mil años de trabajos e historia. Está rodeado, tierra adentro en el continente, por el bosque Scissy, definido como el límite entre Normandia y Bretaña, tiene en su centro un monte rocoso, similar a un montículo de tierra que se forma al excavar una tumba, por ello los druidas le llamaban "Le Mont Tombe", El Monte Tumba. Estos dos montes fueron ocupados por los druidas y sus sacerdotisas ofrecían flechas encantadas a los marineros jóvenes. Los nuevos habitantes del bosque se asentaron al pie de los montes, y gracias a su aislamiento, hacían la

vida austera de los ermitaños. San Auberto, obispo de Avranches, hizo construir celdas en vez de cabañas y una capilla, dando así inicio a lo que posteriormente sería el monasterio. En el año setecientos ocho, el obispo recibió un mensaje del cielo, a través de un sueño en el que el Arcángel San Miguel le pedía que erigiera en su honor un santuario sobre "Le Mont Tombe". Dependiendo de la marea, se puede apreciar el mar que separa el monte del continente, o bien la explanada donde pastan pacíficamente miles de ovejas, cuya carne es extremadamente apetecida debido a su delicado sabor, proveniente de la sal depositada en la hierba. A medida que subimos los edificios parecen tomar otro estilo y se hacen más imponentes. El bullicio de las calles principales es reemplazado por el silencio sepulcral, especialmente cuando llegamos al monasterio todo ello se impregna de gótico. De día los peregrinos se dirigen a la isla a través de la playa, que durante la marea baja, conforma un istmo de arena, se hunden en ellas, a veces la imaginación popular asocia el Monte con la imagen de las arenas movedizas. Por la noche, para atemorizar a los ladrones, sueltan perros de presa por las marismas que campan por sus fueros hasta el alba.

-¿Y qué me dice del obispo de Avranches?

Candela se levantó y se encaminó hacia el interior de la maleza, Sergio desconcertado le preguntó:

-¿Te pasa algo cariño?

-No voy a coger unas langostas en el vivero de la playa y las prepararé para la cena.

-¿No le interesa lo que me ha ocurrido en el pasado?- Le interrogó molesto el jesuita.

-Prefiero dejarles solos así podrán hablar sin ningún tapujo.

-Candela, no ofendas al padre Juan que el no tiene intención de ocultarnos nada.

-No os preocupéis por mí, que ahora vuelvo.

-En fin padre Juan, discúlpela, ya sabe como son las mujeres.

-No, sino me preocupo, sé que la mujer celosa cree todo lo que la pasión sugiere.

-Bueno continúe.

-Un peñasco lleva inscrita la huella de un dedo, confirmando así las palabras del Arcángel. Nuevos invasores abordaron sus orillas, sobre todos destacaron los temibles Normandos. La inseguridad llevaba consigo el ocaso de la vida económica, el marchitamiento de la vida social y religiosa. El Monte, en aquellos agitados tiempos era refugio de las familias amedrentadas. Los ladrones organizaban expediciones en torno a la colegiata para asegurar su subsistencia. Mientras tanto la vida espiritual se degradaba, los canónigos llevaban una existencia fastuosa y llegaron a desatender el servicio divino. La

escarpada roca, rodeada de mar y por inmensas playas, obligaba al monasterio a vivir en una cierta autarquía, previendo los víveres y el agua, asegurando el cuidado de los enfermos y la educación de los monjes jóvenes. Sin embargo, la roca quedaba unida a la tierra por los lazos familiares, que mantenían los monjes de alto linaje con la nobleza normanda. El clima imponía sus rigores a esta abadía de granito para defenderse del frío cruel del mar, debían recurrir a pesados tapices a preciosos ropajes. Para los viajeros insignes: los vasos estaban cercados de oro, plata; las sillas de caballerías adornadas de arabescos, los puñales que llevaban los monjes estaban finamente labrados.

-Pero cuando yo estuve allí tenían La regla de San Benito de Nursie reformada por Benito d'Anione y regía la vida monástica.

-Muy bien, Sergio, observo que no perdiste tanto tiempo como imaginaba. La regla fue respetada hasta el tiempo de Robert de Thorigny. En el medievo, la religión se exteriorizaba con grandes espectáculos, congregando a los fieles. El evangelio del día de pascua daba lugar a una gran representación teatral, las grandes obras del Monte las precedían las procesiones. Todo está bien ordenado y ritualizado, desde el sitio en que el superior y visitante debían encontrarse, según fueran reyes, príncipes de sangre, arzobispos y obispos. La comunidad entera custodiaba el culto al arcángel, participa en este ceremonial de Acogimiento hasta el tabernáculo.

-Pues cuando yo fui el peligro acechaba en los senderos, donde la amenaza de los lugareños se hacía omnipresente. Caminos jalonados de albergues, pero había también leproserías o malaterías que formaban en torno al Monte un cordón sanitario que impedía que a los enfermos introducirse en él.

Oyeron crujir unas ramas, el jesuita se revolvió inquieto y Sergio le tranquilizó:

-No se preocupe, padre, es Candela que vuelve del vivero de la playa.

Candela había reflexionado, sabía que tenía que actuar con inteligencia, la psiquiatra ahora estaba en guardia, como si estuviese tratando a dos peligrosos esquizofrénicos. Les saludó sonriente.

-Padre Juan le voy a preparar una caldereta de langosta que le va hacer sentir el cielo.

-Gracias hija, no sabes como te lo agradeceré, hace más de un año que no como bien.

-Continúe padre Juan- le apremió Sergio.

-En el siglo noveno la paz va a retornar. Será la paz de los duques. El Ducado de Normandía a cambio de su conversión al cristianismo, protegerá la Colegiata, para ayudar la nueva fe que acaba de abrazar; después de la

muerte de su padre Guillermo de la Larga, hijo de Rollan, se convierte en Ricardo I, es Duque a los diez años de edad y reemplazará la colegiata por un monasterio, en el año novecientos sesenta y seis, acontecimiento que fue signo de esperanza para toda la cristiandad.

-El abad cuando yo estuve a su servicio, era más poderoso que los obispos, legislaba impuestos que lo hacían muy poderoso y al mismo tiempo que era odiado por sus feligreses.

-En eso te equivocas, no eran feligreses, tan sólo contribuyentes, la tutela del alma no la ejercían, tan sólo el afán era recaudatorio.

-En eso le doy toda la razón.

-¿No imaginas lo que ocurrió?

-No lo imagino, pero de usted, padre, espero siempre lo mejor.

-Pues fui nombrado abad del Mont Saint Michel

-No lo puedo creer, usted abad de Mont Saint Michel, increíble, ¿cuando volvemos?

-No corras tanto, hay que planificarlo todo con mucho cuidado, quieren atentar contra mi vida, te necesito allí conmigo, volveremos un día antes de mi nombramiento y haremos alguna purga que otra.

-La comida está lista, a comer que se enfría y dejar para después vuestras elucubraciones.

Se sentaron dispuestos a hacer los honores a una cena isleña, notable por su variedad y buen gusto; compuesta de deliciosa sopa y bistec de tortuga, langosta adornada con ensalada de piña y de postre, brotes de cocos asados. Para acompañar a los diversos platos, bebieron vino de coco macerado y los postres los regaron con una deliciosa bebida, parecida al ron, que extraía Sergio de unos arbustos parecidos a la caña de azúcar. Era evidente que el jesuita, a semejanza con muchos religiosos extremistas, tenía sus puntillos de epicúreo. Para las personas de esa índole, el comer bien era un sedante doblemente apreciado, por esta razón los modales y su actitud parecían gratamente suavizadas. A Candela los incidentes de la cena no le pasaron desapercibidos; comía y bebía sin experimentar placer alguno, tan sólo los escuchaba y comprendía más allá de lo que decían. Dominaba su mente un solo pensamiento y las circunstancias que lo rodeaban: No estaba en condiciones de acompañarles al pasado. La noche avanzaba hermosa y sensual, no tuvo el valor de acostarse con Sergio y amarlo como despedida. El jesuita y Sergio, dormían profundamente, el licor de coco hacía mella en sus inconscientes almas. Candela se dirigió a la laguna. A esa hora la isla, con su suelo de arena suave y la claridad de la luna tropical, hacían que la laguna estuviese rodeada de una atmósfera de irrealidad, como un parque a media noche. Ella se detenía, instintivamente, buscando a su alrededor

las estatuas, los bancos y el gentío. Ni el menor soplo de viento agitaba las palmeras, el silencio era acentuado por el continuo estruendo de los rompientes de la costa. Como podría haber sido el tránsito de una calle cercana.

-Buenos días, Candela. ¿Qué tal has dormido?

-Muy bien, Sergio, como siempre.

-¿Has preparado las cosas para la partida?

-Te he dicho hasta la saciedad que no iré con vosotros.

-No empecemos. Te vuelvo a repetir que vinimos a esta isla para que nos sirviese de puente para retornar al medioevo.-  
Le increpó Sergio.

-Sí, pero yo tengo mis razones.

-¿Qué razones?

-Son de índole estrictamente personal.- Le contestó adusta Candela.

-En esta isla nunca tuvimos razones personales.

-Pero ahora sí, ya no estamos solos, ya sabes más de dos son multitud. Borrón y cuenta nueva.

-No te entiendo.

-Tengo mis motivos, son personales y no se hable más.

-¿Cuáles? - Le inquirió Sergio muy agresivo.

-No discutáis.- Terció conciliador el jesuita.

-Usted no se meta y calle la boca.

-Candela que sea la última vez que me faltas la respeto.

-No se esfuerce padre, que yo ya he lidiado en muchas plazas, no se olvide, que a pesar de la edad que aparento, practique la psiquiatría durante más de cuarenta años y me dieron muchas puñaladas traperas.

-!Te repito que ...

-No se esfuerce y recoja las velas, que conmigo no tiene nada que hacer. Os repito por última vez que yo no iré, poderosas razones de tipo personal me lo impiden, además, estaremos aquí esperándoos y no os preocupéis que todos los caminos conducen a Roma.

-Pero Candela.- Suplicó Sergio muy contrariado.

-Ni pero ni nada.

-¿Se puede saber porqué hablas en plural?

-No le entiendo padre.- Le respondió Candela en guardia.

-Has dicho literalmente: "además, estaremos aquí esperándoos".

-Habrán sido imaginaciones tuyas, ya sabe a la vejez viruelas.

-No, no han sido imaginaciones mías, además, estoy totalmente convencido de que lo has dicho con toda la intención.

-Padre, no se olvide de que usted lleva mucho tiempo fuera y Candela en cuatro años, solamente pudo hablar conmigo.

Candela sonríe irónica y le reprocha:

-Tú Sergio siempre tan miedoso con el maldito jesuita.

-Déjalo, Sergio.- Le contestó malhumorado el padre Juan.

-Ves Candela, has logrado molestar al padre. ¡Pídele perdón!

-No es necesario.- Interrumpió el jesuita malhumorado.

-Sí es necesario.

-Sergio te voy a contestar con un dicho: Perdona siempre a tus enemigos, nada les molesta tanto.

-Pero el padre Juan no es nuestro enemigo.

-Claro que no Sergio.- Le replicó maternalmente Candela -A comer, no hay mejor cosa que una buena comida, antes de un largo viaje, además, la caldereta de langosta ya ha reposado lo necesario; y para que vea que no tengo nada personal con usted, padre, hoy haremos una excepción, regaremos la langosta con un vino de coco que tengo macerado con ron, es para las grandes ocasiones.

La comida transcurrió en silencio, los hombres degustaban con placer los manjares y el vino de coco, el silencio se hacía angustioso y Sergio le pregunta la jesuita.

-Quiere escuchar la radio.

-¿Tenéis radio?

-Sí, Candela trajo consigo un escáner intercontinental y a veces escuchamos Radio Exterior de España.

-Enchúfala, pero no creo que dado el año en que estamos, vayan a recordarnos nada,- sonrió el jesuita con malicia - del otro mundo.

-Lo mismito que yo le digo siempre. -Terció Candela.

"Los rusos abandonan Berlín. Hoy trece de agosto de mil novecientos noventa y cuatro, las tropas rusas se retiran del territorio alemán. El presidente ruso Boris Yelsin, y el canciller germano Helmut Col presiden las ceremonias de despedida de los contingentes militares en sus respectivos discursos a no repetir la historia..."

-Ya era hora de que se fueran esos herejes.- Masculló el jesuita, luchado con una pata de la langosta.

Candela le miró, su perspicacia de psiquiatra le insinuaba que aquel hombre tenía síntomas inequívocos de paranoia. Intentó entablar conversación para observarle.

-¿Qué dice padre?

-Pues...

"La ordenación de treinta y dos mujeres por la iglesia anglicana, celebrada en Bristol el pasado día doce provoca la dimisión de siete obispos y setecientos diáconos que dejan así de reconocer a la Reina Isabel II, como jefe de la iglesia anglicana..." Repicaba el transistor.

-Malditos protestantes. La comida ha estado muy buena, te felicito Candela es el mejor manjar que he comido en muchos años.

-Gracias padre.

-Voy a dormir la siesta, tengo un sueño atrasado de varios siglos.- Se marcha riéndose escandalosamente su gracia.

-Tú y yo tenemos que hablar.

-Sergio, yo no tengo nada que decir.

-Pero tú me prometiste que me acompañarías a la alta edad media.

-Las palabras no duran toda la vida, además, tengo razones de peso que me lo impiden.

-¿Qué razones?

-Déjalo. Me voy a la cabaña de la montaña. Si cambias de idea ven a verme, sino, no vengas a despedirme.

-Pero Candela. Como antaño vuelves a dejarme tirado.

-Si quieres algo, estaré en la colina.

-Ya iré a verte cuando vuelva, partimos esta tarde, el padre Juan me ha asegurado que tan sólo esteremos un mes.

-Como quieras. Adiós.

Candela cogió un brazal de enseres y se encaminó isla arriba. Sergio miraba como se alejaba; al marchar le pareció ver una lagrima furtiva en su cara y el pánico de su niñez comenzaba, otra vez, a adueñarse de él. Se recostó y el efecto del alcohol de coco le hizo entrar en un sueño profundo.

Él volvía poner su dedo en mi frente y yo acatando sus ordenes le enviaba una señal en clave, inmediatamente se ponía en marcha una conspiración de frases creadas por él que me conminaban a la redención; ahora, yo mismo ya no me podía soportar y mi corazón estaba a punto de estallar, sabía que poco a poco me iría hundiendo en la penumbra. Cuando intentaba retroceder al pasado me derrumbaba, tal vez escuchase pero no era capaz de pensar, no oía nada, poco a poco delicadas sombras comenzaban a avivarse y le decían: "Erígete sobre ti mismo y olvida, deja de escuchar y aprende a oír" Muchos espectros de cadáveres no hacen más que lamer las ondas del río de los muertos, llegan de otros mundos y retienen el gusto salobre de nuestros mares. Entonces, el río, detenido por el asco, se pone a correr hacia atrás y empuja a los muertos de vuelta a la vida. Más ellos están felices, entonan himnos de gratitud y acarician las aguas perturbadas. Creo sinceramente que tú nunca viste un muerto de cerca, yo sí los veo todas las noches, como se desatan, desclavan sus féretros y vienen a por mí, con sus manos ensangrentadas portando grandes clavos.

Al jesuita, le despertó de su siesta un grito, se incorporó sobresaltado y observó como Sergio se revolvía y mascullaba frases incoherentes, su cuerpo estaba totalmente bañado en sudor, se acercó a él, le puso la mano en la frente y lo despertó. Sergio se incorporó, de sus ojos emanaban el horror de la pesadilla y fuera de sí le dijo:

-¡No me ponga el dedo en la frente, otra vez no!

-Tranquilízate, que ha sido una pesadilla.

-¡Uf! Que sueño tan extraño he tenido. Era como...

-déja, Sergio. Tenemos que preparar el viaje.

-No tenga tanta prisa. He de ir a ver a Candela, se ha marchado muy enfadada.

-No vayas, lleváis cuatro años juntos y un poco de reflexión le vendrá bien. Esta isla es muy sensual y un poco de meditación no le hará daño.

-Pero Padre...

-Y a ti también. Y no tengas miedo, un mes de soledad os sentará bien a ambos.

-Bueno, si tan sólo es un mes.

-Venga, vamos a preparar la maquina. Antes ponte estas ropas que he traído puestas debajo de las mías.

-¡Qué bonitas!

-Ten en cuenta que, a partir de ahora serás el Canciller del Abad de Mont Saint Michel, tienes casa propia, sirvientes y caballerizas.

-No sabía que iba a ser tan importante.

-Venga dejemos de cháchara, en una hora partimos.

-¿No nos meteremos en la boca de lobo?- Le preguntó desconfiado.

-Deja de hacer cábalas y céntrate.

-¿Y cómo le nombraron abad Mont Saint Michel?

-El Rey había nombrado a mi antecesor para poner paz y orden en Mont Saint Michel, sin embargo, no cesaban los tumultos; estallaron no pocos conflictos entre dos poderosos vecinos, los duques de Normandía y el de Bretaña. Asimismo va a emprenderse una gran expedición: el Duque Guillermo, bastardo del Duque Roberto el Diablo, irá a Inglaterra, derrotará a Harved en Hasting en mil sesenta y seis, y llega a ser Rey de Inglaterra con el nombre de Guillermo I el Conquistador. Nuevas luchas estallarán en Normandía a la muerte de Guillermo entre sus tres hijos. Uno de ellos Beau-Clair, hallará refugio en las playas del Monte, sitiado a la sazón por sus propios hermanos: Guillermo El Rojo, el Duque de Normandía y Roberto Corta-Greba. El Abad que contaba con el Duque, que aseguraba la protección del Monte y gratificaba a los monjes con considerables donaciones, será acusado de prodigalidad y nepotismo; mi predecesor finalmente será expulsado. Roger I, comparecerá ante Enrique de Inglaterra, por las quejas de los monjes, prefirió retirarse a la abadía de Cernel y nombrarme a mi abad de Mont Saint Michel.

-¿Qué es eso?- Le interrogó intrigado Sergio.

-Es un nuevo chip, que fabrique antes de ir a Mont Saint Michel y no pude probar. Esta diseñado para viajar a grandes distancias en condiciones adversas.

-¿Cómo qué adversas?

-Ya te lo explicare en Mont Saint Michel allí tendremos mucho tiempo para platicar.

-Padre Juan, en un mes apenas tendremos tiempo.

-Venga, presta atención que nos vamos.

-Pero padre debería ir a despedirme de Candela.- Le suplicó cabizbajo.

-Ahora no tenemos tiempo para eso. Allá vamos.

Había transcurrido cinco meses desde que Sergio y el jesuita habían partido. Candela, a pesar de saberse acompañada, se sentía muy sola, desde la marcha de Sergio no tenía con quien hablar, pero ella les hablaba aunque no la comprendiesen. Como siempre el jesuita los había engañado. Su cuerpo había engordado, comenzaba a cambiar y la melancolía se apoderaba de ella. Todos las tardes subía al peñasco, desde allí vislumbraba la isla, miraba el horizonte marino, en un vano intento de divisar la vuelta de Sergio. Todo estaba cubierto de flores exóticas que llenaban el ambiente de suaves perfumes. Pequeñas palmeras formaban aquí y allá graciosos bosquecillos, en medio, grupos de árboles frutales que impresionaban por sus variados colores, los amarillos de los exquisitos mangos, los rosados de las guayabas, las grandes ananás de verde obscurísimo donde brillaban los amarillos plátanos. Y sobre todo aquella profusión curiosa y fragante de flores, en el horizonte destacaban los troncos rectilíneos de las grandes palmeras, se asemejaban a reinas, que quisieran dominar todo aquel mundo variopinto y perfumado. En aquel edén, Candela se sentía algo triste, su estado le hacía estar muy susceptible consigo misma. A tanta belleza se unía al murmullo de la música del mar y sus olas acariciaban la coralina arena de la playa. Al fondo, el atolón, formaba un orfeón de barítonos que hacía el contrapunto a armoniosos pájaros de plumas coloreadas por múltiples tornasoles, charlotteaban alegremente entre el follaje de los árboles, mientras, más abajo, en las ramas cercanas a la tierra, pequeñísimos colibríes se suspendían en el aire como gemas ambulantes. Candela comenzaba a bajar hacia la cabaña, cada vez estaba más torpe y le costaba andar. El ardiente sol de los trópicos resplandecía sobre aquel paraíso encantado, haciendo chispear con sus dorados rayos el limpio espejo de las salobres aguas del lago coralino, que mostraban una fiesta multicolor de: verdes, azules, turquesas, índigos, cerúleos, esmeralda, cielo, agua marina y cobaltos. Al llegar a la cabaña, Candela tenía las narices dilatadas, las piernas hinchadas y surcadas de finas varices, aspiraba temblorosa el embriagador perfume de las flores, sus largos cabellos ondulaban al viento y sus ojos chispeantes, cegados por el fulgurante sol, miraban a su abultada barriga.

-Padre Juan esto se nos está yendo de las manos Habrá que tirar de la manta.

-Cuántas veces he de decirte que no me llames padre Juan. El otro día ante el Rey metiste la pata, y yo tuve que

contarle un cuento de que te recogí de pequeño. ¡No lo vuelvas a hacer!

-Lo siente padre.

-Por tu estampa, ¡llámame monseñor! ¡Simplemente monseñor!

-Lo siento monseñor, intentaré nadar entre dos aguas.

-Vamos a analizar las claves de Mont Saint Michel. Me incumben a mí las más ingratas tareas. Como jefe del Monte, me toca definir la política del monasterio, pero como hasta cierto punto el Duque, debe ser, a la vez, cortesano, consejero y súbdito, pero esto último no lo acepta, obstaculiza permanentemente nuestra labor; no obstante mi prestigio aumenta, los relatos milagrosos son propagados por los peregrinos del monasterio, acrecentando así su seducción y contribuyendo a su renombre. Con mi mandato los prodigios se multiplican: una joven embarazada sorprendida por la marea, cuando sufría dolores, se ve preservada de la subida de la marea. Se descubrieron las osamentas de San Aubert, escondidas en los arcones por mi predecesor, una fuerza divina, en forma de tormenta eléctrica abrió los arcones anonadando a los incrédulos. Las reliquias del fundador de la abadía y sus sagradas osamentas, son el centro del fervor popular.

-Me temo padre que el Monte cada vez es más rico y los nobles comienzan a temerle...

-Sergio, ¿Cómo quieres que te lo diga?, ¡no, me llames padre, llámame, monseñor, monseñor!

-Lo siento no volverá a ocurrir, monseñor.

-¡Eso puedes jurarlo, te garantizo, canciller, que tú no volverás a llamarme padre Juan!

-Monseñor los nobles comienzan a sentirse inquietos, y ya sabe el dicho que por aquí circunda: El miedo guarda la viña.

-Ese extremo es preocupante, Sergio, ellos aunque no tienen todo el poder, tienen la fuerza.

-Pero yo tengo muchos criados a nuestro servicio y defenderán con su vida esta abadía.

-No lo creas, Sergio, criados, enemigos pagados. Tenemos que adelantar las medidas que contribuyan a la estabilidad de la abadía. Fomentaremos las disputas entre las autoridades y el Duque; siempre ha ocurrido, las disputas han enfrentado al obispo de Avranches, al Duque y al Rey. Pese a las dificultades del momento, la vida cotidiana en esta abadía sigue su curso.

-Monseñor siempre hemos respetado el devenir de la historia. Esa fue nuestra premisa, pero podríamos alterar algo las cronologías de las efemérides.

-Tienes razón, Sergio, perdón Canciller.

-Una cosa es un magnicidio y otro es, hacer tabla rasa y adelantar medidas que faciliten el desarrollo político y social.

- No pad... No monseñor, aquí todo el mundo no sabe para quien trabaja; pero sí, para quien roba.

-Así nos luce el pelo.

-Escuche, no conviene invertir ahora, usted y yo sabemos lo que va a acontecer.

-¡Explícate! Canciller.

-Monseñor infaustos acontecimientos están a punto de suceder, como la destrucción por un rayo de algunas construcciones y el huracán de mil ciento diecisiete; no es conveniente invertir ahora en construcciones, mejoremos los salarios de criados y para facilitar la vida espiritual establezcamos una autarquía en el monasterio, pues la afluencia de peregrinos y el contacto de los monjes con el mundo secular comprometen el recogimiento. Pese a todo esto, nuestra Abadía suministra a la iglesia de prelados y clérigos de excelsa formación. Y no se le olvide que rebeliones, devastaciones y saqueos turbaron, en ese siglo, la paz del monasterio. El poder temporal, político y espiritual tendrá que comprometerse y escogerá el partido de Enrique II, así que no intentemos hacer reformas, mejoremos la vida de monjes, siervos y soldados y guardemos recursos para después del huracán. Nos lo agradecerán y nunca lo olvidarán y con ello fortaleceremos el poder de la abadía.

-Tienes razón, Sergio, a veces me olvido de donde venimos y vivo, con gran intensidad el día adía y he olvidado por completo de que Henri Plantagenet ceñirá la espada ducal; poderoso dueño de Inglaterra y de gran parte de Francia, soberano autoritario, impondrá su fe al monasterio. Tendremos que obtener una Real Carta para confirmar las donaciones, aumentaremos el número de monjes en el interior y reclutaremos a nobles jóvenes en el curso de sus viajes. Serán más silenciosos observadores de los grandes acontecimientos del Reino.

-Monseñor, cada vez necesitará más nobles que sean fieles a la abadía.

-Canciller, me olvidé de una máxima que nos enseñaron en el seminario: Ahora que vas subiendo, cuida a tus amigos, los vas a necesitar cuando estés bajando.

-Bueno, arreglamos esto y nos volvemos a la isla.

-No Sergio, eso no puede ser.

-Pero... monseñor; cada vez estoy más débil, ya han pasado más de tres años desde que dejamos la isla. Estoy muy cansado y harto de batirme el cobre. Ya no aguanto más.

-De momento mejor no meneallo.

-¿Porqué padre, porqué?

-Te he dicho que no me llames padre.

-Me es igual, padre Juan, haga conmigo lo que le plazca, quíteme la vida, tortúreme, lo que quiera, el diablo se lo agradecerá, pero no olvide que en estos tres largos años,

le he servido con inteligencia y discreción, he realizado el trabajo sucio y he desenmascarado mil intrigas.

-Lo siento Sergio, pero ya ves como los acontecimientos me desbordan y se avecina hechos históricos de gran importancia: El asesinato del Arzobispo Thomas Neckett en la catedral de Canterbury; Robert no se indignará sino que se esforzará por reconciliar al rey con la iglesia. Ricardo Corazón de León morirá y su hermano Juan se apoderará del trono, mandando asesinar al heredero legítimo, Arturo. Guy de Touard, pondrá sitio al inexpugnable Mont Saint Michel y, como ya conoces, será un evento inútil que habrá de terminar con el incendio de la ciudad y parte de la abadía. Para acallar los rencores y asegurar la fidelidad de la abadía, enviará una fuerte suma que contribuirá a concluir la maravilla de Saint Michel. En adelante el rey de Francia será el protector del Monasterio. El tratado de París confirmará la pertenencia de Normandía al Reino de Francia y sus muy cristianas majestades no dejarán de venir al Monte: San Luis, Felipe el Hermoso. La altanera tutela de los duques normandos habrá concluido.

-Monseñor, conozco todos esos hechos históricos, pero todo ello va a suceder durante un período de casi un siglo, nosotros tendremos que desempeñar varios papeles en este circo de la historia y yo tan sólo quiero volver, al menos durante algún tiempo a la isla. Y usted, a la chita callando, nos va involucrando cada vez más. Además, como ya le dije el otro día, me encontré de Martins, y aunque creo que no me reconoció, temo que pueda hacerlo por la forma en que me miró- Sergio le mira arrogante y clava sus ojos en el jesuita que se había quedado con un palmo en las narices. Aunque él sabía que Martins no podría reconocerlo, pues era mucho más joven que cuando se conocieron.

-Es cierto Bernardo de Claraval, está en Mont Saint Michel, viene a depositar sus credenciales, antes de ir a los Santos Lugares. De acuerdo, Sergio, sí lo que quieres comprar es libertad, sólo libertad tendrás. Deberás marcharte, si Martins te reconoce pudiera poner en peligro nuestra sagrada misión.

-Monseñor, lo que quiero es sólo libertad. Monseñor

-No me llames monseñor.

-A usted, padre Juan, no hay quien le entienda.

-Lo siento. Siempre te he arengado con cantos de sirena. Y mi egoísmo se ha olvidado de ti. El domingo que viene, después del oficio, te prometo que te enviaré a la isla.

-¿Cómo que me enviará? ¿Usted no viene?

-No, Sergio, acabo de comprender que he estado jugando a dios, y aquí por mucho que queramos la historia ya está escrita y no debo modificarla.

-Ese fue nuestro acuerdo ético, padre Juan.

-Cierto, cierto, pero la lujuria del poder ciega el corazón del hombre. Y ya sabes lo que dicen los monjes por aquí: Bien está San Pedro en Roma

-¿Y qué va a hacer?

-Viajaré al pasado no escrito e iré recogiendo experiencia.

-¿Y entonces ya nunca le volveré a ver?

-Por supuesto que sí, te necesito en la isla, para tener una referencia fiable en el tiempo.

-Sí pero si tarda muchos años podré estar muerto.

-Sergio, que aún no has cumplido los treinta y no has acostumbrado a tu cerebro a la vida física del cuerpo que lo contiene, es como si él quisiera cargarle el muerto a otro.

-Y va a viajar siempre hacia atrás.

-Sí Sergio; como especie, hemos recorrido un largo camino. Aquella criatura que se puso en pie hace un millón de años, impera en la tierra y en el espacio exterior circundante, pronto ocupara otros planetas. Sin embargo, el conocimiento humano báscula entre dos misterios que se presentan inescrutables por principio: el misterio del origen de todas las cosas o de la energía y la estremecedora incógnita del último día del universo, tengo que desarrollar esta teoría, pues cuando se desencadene el Big Crunch desaparecerá todo el universo. Si pudiese viajar al pasado, un instante antes del Big Bang podría llegar a Dios. Entre estos dos confines donde se encuentra el paradigma de la vida

-Pero la tierra hace cuatro millones de años era inhabitable.

-Cierto, pero podré viajar a otros planetas e irme acercando al segundo cero, o también tengo otras alternativas

-¿Qué otras alternativas?

-Sencillamente, la edad del universo es conocida por los científicos.

-Y si están equivocados.

-Ya he pensado en eso. Simplemente viajaré diez mil años atrás de la fecha conocida, de esa manera me cubro con creces y si así no fuera: Dios sabrá que hacer con esta humilde alma. Ahora déjame que tengo que redactar unos documentos.

-¿Y yo qué hago?

-Tienes dos alternativas a seguir.

-¿Cuáles?

-La primera es irte unos días por ahí, perderte y a despedirte del siglo XII.

-¿La otra? Monseñor.

-Quedarte y ayudarme a redactar las reglas de la orden del Santo Grial y la de la abadía de Mont Saint Michel.

-Pues no elijo ni una ni otra de las alternativas.

-¿No te entiendo?

-No padre, de momento las dos.

-Serás rufián vete pronto de mi vista que sino no respondo de mis actos. No corras tanto. Toma.- Le sonrío y lanza una bolsa llena de monedas -Espero que las emplees bien.

-Gracias monseñor, pero qué digo, gracias Excelencia.

-Fuera de mi vista truhán.- Le dijo risueño.

Sergio se encaminó a la planta inferior, observaba la impresionante bóveda ojival que coronaba aquel majestuoso gótico. En la planta inferior se encontraba la capellanía, estaba formada por cúpulas y aristas de arquitectura romana, donde los pobres venían prestos a recibir los víveres en forma de limosna. Era la hora de la comida, en el refectorio, que se usaba como comedor, se agolpaban los monjes con gestos sibaritas, sabedores de que eran considerados como la primera orden de la sociedad medieval. Con la emoción de su inminente partida no sentía hambre y carecía de voluntad para soportar los rebuscados diálogos de los postres; se dirigió hacia el hermosos claustro de arquitectura gótica, allí se encontraría a así mismo y podría reflexionar. El majestuoso claustro estaba lleno de peregrinos, que con caras embobadas miraban por doquier, sus gestos de asombro y placidez, hicieron que instintivamente se refugiase en el increíble coro, denominado por todos como "La Maravilla"; allí se sentía cerca de dios, se arrodilló y comenzó a meditar, pero sus pensamientos huían de aquella isla fortaleza y amenizaban en su paradisíaca isla. Tampoco allí era capaz de recoger su alma, se levantó y se dirigió al cartulario, al pasar observó la majestuosa biblioteca en donde se conservaban los archivos del monasterio, que a su entender serían la principal riqueza que dejará el monasterio a la posteridad. Se perdió por el extremo del pasillo que conducía a la enfermería. Era como el final de un mal presagio, la galería, conformaba la divisoria de dos mundos, sin ninguna relación entre ellos, por un lado, la rígida disciplina monacal y por otro, la piramidal fuerza del deseo; si torcías por la derecha en lugar de por la izquierda, podría ser que nunca volvieras a encontrar el camino de vuelta. Entró en una habitación que estaba destinada a almacén de trastos inservibles, comenzó a sentir, por primera vez la paz monacal, su corazón comenzaba a alborozarse, pero sentía claustrofobia, decidió salir de la abadía y perderse por las tortuosas callejuelas de Mont Saint Michel pavimentadas por grandes losas de empedrado las hacían, si cabe, aún más majestuosas; casi sin darse cuenta alcanzó las murallas y desde allí divisó asombrado el espectáculo mágico de la vertiginosa subida de la marea, que volvía a convertir la abadía en una isla inexpugnable. Un mar de color azul marino le sumió en sus recuerdos y le hacían añorar el transparente mar de azul coralino de su amada

isla. De repente se volvió y observó como Martins estaba mirando al mar, era quince años más joven que cuando se encontraron, más espigado, media casi dos metros, y su complexión era fuerte, su larga melena rubia adornaba su cara, la mirada era la misma del futuro, unos ojos azules, gélidos. Se acercó a él y comentó:

-Buena vista.

-Inmejorable, señ... - observó sus engalanaduras y rectificó -Canciller.

-Va ha permanecer mucho tiempo en el Monte.

-No lo sé. Acompaño a mi señor, Bernardo de Claraval.

-Sí, lo sé. Voy a hacerte una premonición: Te cuidarás mucho en le futuro de un endemoniado vidente.

-Gracias monseñor, lo tendré muy en cuenta.

-Adiós y que tu estancia en el Monte sea agradable.

-Gracias, monseñor. -Hizo un leve gesto con la cabeza y se marchó.

Llegó a la cabaña de la playa y la vio con horror, estaba toda destartalada, alguna tormenta tropical la había derruido. Su corazón se encogió y pensó, estará en la cabaña de la montaña, seguro que Candela se había instalado en ella para resguardarse de los tifones tropicales; le parecía una buena decisión, la laguna era más hermosa, pero peligrosa; en el cerro, sin duda, estaría protegida de las miradas de extraños que pudieran navegar por aquellas latitudes australes. Habían pasado los años y la mano destructora del tiempo, no habían cambiado la decoración de aquellos lugares, donde sólo unas ruinas veneradas, recuerdan al viajero dónde se erguía la cabaña. Bajo un cielo gris, caminaba lentamente, mientras un viento cálido gemía en las copas de las palmeras. ¿Había soñado? ¿O bien sus alegrías y sus pesadumbres, así como los personajes del drama que estaba viviendo, no eran más que un sueño del que había despertado? Trataba de fijar en su mente las certidumbres que precedían a su triste fin. ¿Dónde estaba la dicha de antaño? Ahora se veía privado de la felicidad que el legítimo creador quiso que disfrutara. Las palmeras, mecidas por el viento, asemejaban el rumor de una gran ciudad. Las más próximas crujían y silbaban con las ráfagas de viento; las más lejanas daban notas de bajo y se asemejaban al rodar de los coches y autobuses, entre aquella mezcolanza, se podía distinguir la nota más aguda del chillar de los vendedores callejeros. Todo era agitación.

Sergio desnudo hasta la cintura acuciaba sus cinco sentidos; ahora se preguntaba con voz desgarrada lo que le era fácil de adivinar: algún acontecimiento infeliz había conmocionado todo aquello. Subió sudoroso y frenético, notaba como le falta de fuelle, tomó un respiro, se sentó

debajo de un cocotero, recogió un coco recién caído, lo abrió con una piedra y bebió con avidez su refrescante néctar; se iba a levantar cuando oyó, detrás de unas palmeras enanas. El bullicio de unas voces infantiles, se escondió detrás de la maleza, a lo lejos vio dos niños de corta edad, no tendrían ni tres años; agobiado y perplejo se dejó caer, su cara acariciaba la putrefacta hojarasca; un extraño sentimiento de angustia oprimía su pecho, se iba a levantar cuando vio a Candela que les llamaba, ambos niños corrieron hacia ella y le mostraban un insecto que habían cazado, ella les reprime y uno de ellos, parecía una niña, se burla del niño, le hizo la chirigota y arrojó una especie de saltamontes a la cara que le hizo llorar; Candela la riñó y acarició a su hermano. De inmediato a Sergio se le paralizó el corazón, Candela no vivía sola, debería haberse casado con algún aventurero de los mares del sur que había recalado en la isla; aquellos niños así lo constataban, maldito jesuita, tres años fueron mucho tiempo en el espacio temporal para cualquier ser humano. Vio como se alejaban en dirección a la cabaña; las lágrimas corrían abundantemente por su cara, su pecho estaba a punto de estallar, la rabia y los celos lo atormentaban. Bajó a trompicones la ladera que conducía a la laguna, tropezó, se cayó y las espinas de la maleza flagelaron su cuerpo; exhausto se dejó caer en un claro de la selva que rodeaba la isla en su cara sur; era la parte más inaccesible, allí estaría seguro y a resguardo de miradas no deseadas. Su angustia le atenazaba la garganta, el dolor era tan fuerte que decidió, como cuando era niño, no volver ha hablar, pero esta vez hasta el día de su muerte.

En aquel caos vegetal, inmensas raíces serpenteaban por el suelo; en un claroscuro del bosque, protegidas por las lianas que formaban una tupida reja, decidió levantar una cabaña. Allí no podrían descubrirlo. Eligió una zona de umbría en la desembocadura del riachuelo que bajaba por el centro de la isla y formaba una marisma coralina; en un extremo entre un montón de monstruosas raíces, se alzaban troncos enormes que medían más de un metro de circunferencia y le protegerían de sí mismo; a lo lejos, entre plátanos silvestres, aparecían grupos de árboles del pan, que contenían fécula con que prepararlo; grandes palmeras preñadas de succulentos palmitos y mangos de exquisita fruta constituirán su alimento. Entre aquella arboleda gigantesca, las aves revoloteaban sobre las lianas y gorgojean ruidosamente y extraños pájaros de aterciopeladas plumas, llenas de reflejos bronceos que al revolotear presentaban los colores del arco iris en todos los matices imaginables.

Escondido en la espesura, árboles de grandes hojas le ofrecían protección, proporcionándole guarida casi inaccesibles; aquella selva nunca la había atravesado ningún ser humano; en un tronco que conformaba el dintel de la puerta de la cabaña, todos los días grababa una línea con su cuchillo, a los seis días las cruzaba y así contaba el tiempo. Desde su llegada de la abadía, ya habían transcurrido cuarenta semanas de oscura soledad, los días se sucedían lentos, se había abandonado al vacío cuadrangular de sus pesadillas. Pasaba las jornadas tumbado en el suelo, tan sólo se levantaba para recoger algún fruto caído y por las noches salía a la laguna defecar sus impurezas que parecían salir de su dolorida alma. Sergio estaba en suspenso, extasiado. En la avidez insatisfecha de su mirada, se reflejaba un olvido absoluto del pasado y del presente; olvido de la soledad que lo atenazaba, olvido de futuro, olvido, en fin, de que había vuelto a la isla en un intento baldío de volver a ser feliz. Una bandada de peces, pintados con los colores del arco iris, se detuvieron un segundo protegidos por su sombra, alguno de ellos le acariciaban los dedos de los pies en un vano intento de hacerlos comida, luego siguieron su marcha resplandeciente a la luz del sol submarino. Eran realmente tan bellos como pájaros y su paso silencioso lo impresionó como una melodía.